

CIUDADES

VOLUMEN 5

Lúcio Kowarick y Eduardo Marques
editores

São Paulo

Miradas cruzadas: Sociedad, política y cultura



OLACCHI

Organización Latinoamericana
y del Caribe de Centros Históricos

Editor general

Fernando Carrión

Coordinador editorial

Jaime Erazo Espinosa

Comité editorial

Fernando Carrión

Michael Cohen

Pedro Pérez

Alfredo Rodríguez

Jaime Erazo Espinosa

Diseño y diagramación

Antonio Mena

Edición de estilo

Alejo Romano

Traducción

Daniela Vacas

Impresión

Crearimagen

ISBN: 978-9978-370-23-0

© OLACCHI

El Quinde N45-72 y De las Golondrinas

Tel.: (593-2) 2462 739

olacchi@olacchi.org

www.olacchi.org

Quito, Ecuador

Primera edición: septiembre de 2011

Contenido

Presentación	7
Prólogo	9
I - Lecturas urbanas	
Vivir en riesgo: Sobre la vulnerabilidad social y civil	27
<i>Lúcio Kowarick</i>	
Movilidades urbanas: Hilos de una descripción de la ciudad	53
<i>Vera da Silva Telles</i>	
Recientes dinámicas de la pobreza y de las periferias	81
<i>Eduardo Marques y Renata Bichir</i>	
II – Trabajar y vivir	
Favelas y periferias en los años 2000	109
<i>Camila Saraiva y Eduardo Marques</i>	
El Centro y sus cortiços: Dinámicas socioeconómicas, pobreza y política	137
<i>Lúcio Kowarick</i>	
Transformaciones productivas y territorio en la ciudad de São Paulo	167
<i>Álvaro Comin</i>	

Crecimiento de la población en la Región Metropolitana de São Paulo: Deconstruyendo mitos del siglo XX	203
<i>Rosana Baeninger</i>	

III – Identidades y participación

Movimientos sociales y articuladoras en el asociativismo del siglo XXI	233
<i>Adrian Gurza Lavalle, Graziela Castello y Renata Bichir</i>	

Relaciones entre movimientos sociales e instituciones políticas: El caso del movimiento de vivienda	261
<i>Luciana Tatagiba</i>	

Estrategia partidaria y divisiones electorales: Las elecciones municipales post-redemocratización	285
<i>Fernando Limongi y Lara Mesquita</i>	

Extranjeros y la ciudad de São Paulo: Procesos urbanos y escalas de actuación	315
<i>Maria Cristina da Silva Leme y Sarah Feldman</i>	

IV – Periferias: Música, cine y violencia

El rap y la ciudad: Reenmarcando la inequidad en São Paulo	345
<i>Teresa P. R. Caldeira</i>	

Cine contemporáneo y políticas de la representación de la (y en la) urbe paulistana	369
<i>Esther Hamburger, Ananda Stucker, Laura Carvalho y Miguel Antunes Ramos</i>	

Homicidios: Guías para la interpretación de la violencia en la ciudad	395
<i>Paula Miraglia</i>	

Sobre los autores	423
-----------------------------	-----

Artículos y publicaciones anteriores	427
--	-----

I

Lecturas urbanas

Vivir en riesgo: Sobre la vulnerabilidad social y civil¹

Lúcio Kowarick²

En este sentido, ella [la pobreza] sí tiene una finalidad, la de reproducir el orden social que es su desgracia. ¿Cómo quedamos?

Roberto Schwarz,
Um mestre na periferia do capitalismo:
Machado de Assis

Introducción

Este capítulo tiene como objetivo discutir la vulnerabilidad socioeconómica y civil. De inmediato, debe enfatizarse que, en el correr de los años 80 y 90, se consolidó un sistema político democrático basado en el voto secreto y universal, la competencia partidaria, la alternancia en los varios escalones de los legislativos y ejecutivos y el control del proceso electoral por el poder judicial. Hay muchas críticas por hacer en cuanto a la corrupción, a la influencia de los medios o a las

- 1 Fue publicado en *Novos Estudos*, N° 63 (CEBRAP, 2002); en la colección *Ciudadanía, cultura política y reforma del Estado en América Latina* (M. A. Calderón, W. Assies y T. Salman [comp.], México, 2002), y su versión en inglés: *Citizenship, political cultures and State reform in Latin America* (Ámsterdam: Dutch University Press y el Colegio de Michoacán, 2005); y en el libro de Lúcio Kowarick *Viver em risco: Sobre a vulnerabilidade socioeconômica e civil* (São Paulo: Editorial 34, 2009).
- 2 Profesor titular del Departamento de Ciencias Políticas de la Universidad de São Paulo (USP), donde defendió su doctorado y libre docencia. Es autor de cinco libros y más de 80 artículos publicados en revistas y colecciones en Brasil y en el exterior. Fue profesor e investigador invitado en las universidades de París, Oxford, Sussex y Londres y en el *Japan Center for Area Studies*.

poderosas presiones del mundo económico y de los *currais eleitoriais*³, pero, comparando con años anteriores, creo que es posible afirmar que no hay *déficit de democracia política* en Brasil (Kowarick, 2000: 108-110).

No se puede decir lo mismo de los derechos civiles, en particular, de la igualdad ante la ley, de la propia integridad física de las personas y de los derechos sociales: acceso a vivienda digna, servicios médico-hospitalarios, asistencia social, niveles de remuneración adecuados...; esto para no hablar del desempleo, de las múltiples modalidades arcaicas y modernas de trabajo precario, autónomo y asalariado o de la enorme porción de pensiones que producen una vejez muchas veces marcada por acentuados grados de pobreza. En resumen, hay vulnerabilidad en relación a los derechos básicos, en la medida en que los sistemas públicos de protección social no sólo fueron siempre restringidos y precarios sino también que, en años recientes, hubo desmontaje de servicios y nuevas reglamentaciones legales que se traducían en la pérdida de derechos adquiridos. En cuanto a la vulnerabilidad civil, a pesar de algunos intentos de proteger a algunos grupos —niños, jóvenes, mujeres o adultos mayores— en sus derechos, basta mirar las noticias y las estadísticas impresas en los medios acerca de actos criminales perpetrados por bandidos y por la Policía, muchas veces impunes, que revelan la fragilidad del Estado en un atributo básico: el monopolio legítimo de la violencia.

Antes de enfrentar la cuestión de la vulnerabilidad socioeconómica y civil de la actualidad brasileña, conviene resaltar que la problemática de la exclusión, bajo varias nomenclaturas conceptuales, tiene larga tradición en nuestras ciencias sociales. Retórica y enfáticamente siempre se habló de “capitalismo excluyente”, y el mismo adjetivo fue usado también para la dinámica productiva, la industrialización, la urbanización o para las alianzas y el sistema político. El pensamiento era que los cambios significativos —la diversificación y el crecimiento económico, la migración a las ciudades y las oportunidades socioeconómicas y políticas que estos procesos abrían— siempre dejaban de incorporar grandes parcelas en los be-

3 Son regiones controladas políticamente o donde un candidato tiene asegurada la votación. El término proviene del período histórico de la *República Velha* (“Vieja República”) brasileña, cuando el voto era abierto: en las zonas conocidas como *currais eleitoriais*, los coroneles mantenían el control de las elecciones mediante el miedo y la intimidación o a cambio de trabajo, dinero, vivienda, etc. (N. de la T.).

neficios del desarrollo y de la modernización. Éstos eran incompletos, inacabados, elitistas o hasta predatorios a las interpretaciones que asociaban el crecimiento a la pobreza, cuya síntesis combinaba a los desiguales en un conjunto tenebroso: la Belíndia, mezcla atrofiada de Bélgica e India, especie de ornitorrinco *tupiniquim*⁴.

La cuestión social de la actualidad urbana

Desde la perspectiva de este texto conviene reafirmar que los déficits en los aspectos civiles, sociales y económicos de la ciudadanía continuaron amplios en los años desde 1990 hasta 2000. No cabe detallar aquí las innumerables formas de vulnerabilidad en cuanto al empleo, a los servicios de protección social o al aumento de la violencia criminal. Sin embargo, cabe resaltar que esos procesos produjeron un campo de investigaciones centrado en la cuestión de la fragilización de la ciudadanía, entendida como pérdida o ausencia de derechos y como precarización de los servicios colectivos que garantizaban una gama mínima de protección pública a grupos carentes de recursos —dinero, poder, influencia— para enfrentar intemperies en las así denominadas “metrópolis del subdesarrollo industrializado”.

Para caminar al punto que nos interesa subrayar, vale la cita:

La cuestión social es el ángulo por el cual las sociedades pueden ser descritas, leídas, problematizadas en su historia, sus dilemas y sus perspectivas de futuro. [...] Esas diferenciaciones y segmentaciones (sociales, económicas y civiles) [...] pueden ser tomadas [...] como la otra cara de una destitución de derechos [...]. Se trata de una destitución [...] que, al mismo tiempo que genera fragmentación y exclusión, ocurre en un escenario de encogimiento de legitimidad de los derechos sociales (Telles, 1996: 85 y 90).

En este sentido, ¿cuál es nuestra *cuestión social*? Hay varias, pero tal vez aquella que más sobresale en el ámbito de las relaciones entre Estado y

4 *Tupiniquim* es el nombre de una tribu indígena del grupo Tupi, pero se usa también para describir a los brasileños en general o a cosas consideradas como características de Brasil (N. de la T.).

sociedad reside en la dificultad de expandir los derechos de ciudadanía: después de una década de luchas y reivindicaciones, en un contexto en el que gradualmente se consolida un sistema político democrático, deja de ocurrir un enraizamiento organizativo y reivindicativo que consolide un conjunto de derechos básicos. Ellos pueden estar en la Carta de 1988, pero no se traducen en el fortalecimiento de un campo institucional de negociación de intereses, en el arbitraje de conflictos ni en las políticas sociales de alcance masivo: no ocurrieron procesos que llevaran a la consolidación de una condición de *empowerment* de grupos y categorías de la sociedad civil (Friedman, 1992).

Sin embargo, esta fragilización de derechos no puede ser vista como decurrente de la crisis de la *sociedad salarial* (Castel, 1995). Esto ocurre porque, en la acepción fuerte del término, nunca hubo semejante modalidad de sociedad en Brasil ni en América Latina: ni en el Chile de Allende ni en la Argentina de Perón de las primeras épocas de expansión de las políticas públicas. La sociedad salarial no supone sólo que la fuerza de trabajo esté mayoritariamente empleada de manera permanente y regular en cuanto a la legislación vigente; implica también un recorrido profesional protegido por contratos colectivos que lleven a la ascensión social y económica o que, por lo menos, garanticen ciertos derechos a los que en esta trayectoria fueran marginados del mercado de trabajo.

Los sustratos históricos de este largo proceso están en la sedimentación de instituciones políticas, sindicales y comunitarias que producen experiencias de organización y de lucha, y en las construcciones de valores y discursos que dinamizan las energías de las identidades y oposiciones. Además de protecciones y garantías que trascienden en mucho el mundo del trabajo, la sociedad salarial constituye un campo institucional de negociación y arbitraje que se estructura en la virtualidad de *ampliar los derechos socioeconómicos y civiles*. En el caso francés, basta inclinarse sobre el proceso histórico que lleva al reconocimiento del desempleado para percibir que la construcción de la sociedad salarial está llena de conflictos y negociaciones que acaban por producir el reconocimiento público del asalariado como sujeto de derechos colectivos cuando se encuentra marginado del proceso productivo (Topalov, 1994). Éste ciertamente no es nuestro caso, pues las garantías de lo (no) trabajado siempre fueron limitadas y frágiles.

Lo mínimo que se puede decir es que en Brasil jamás hubo instituciones políticas sindicales o comunitarias con fuerza suficiente para garantizar la efectucción de derechos básicos del mundo del trabajo o para proteger al morador, transeúnte y usuario de servicios básicos de las intemperies del mundo urbano. Hubo, sin duda, islas de modernización económica y dinamización social, cuyo ejemplo más evidente fue el municipio paulista de São Bernardo de los años 70 y 80, energizado por los trabajadores de las grandes empresas, por la acción reivindicatoria impulsada por el 'nuevo sindicalismo' y por el enmarañado de barrios operario-populares, donde pululaban múltiples luchas urbanas, en las cuales las comunidades eclesíásticas de base (CEB) tenían presencia significativa. En este contexto de ebullición social y política, nació el Partido de los Trabajadores (PT), al mismo tiempo impulsado por e impulsador de los movimientos sociales (Sader, 1988).

Ésa fue una experiencia limitada en el tiempo y en el espacio, una especie de luz que iluminaba las acciones políticas en sus esfuerzos de ampliar los derechos que permanecían restringidos a un pálido y atrofiado estado de bienestar. Repensando los años 70 y 80, creo que teníamos como parámetro teórico —y político-ideológico— a los sectores mas organizados de la clase trabajadora urbano-industrial. Más allá de todas las iniquidades socioeconómicas y arbitrariedades políticas, se estaban constituyendo en la estera de la acumulación fordista y del modelo nacional-desarrollista, inaugurado en 1930 e impulsado en la segunda posguerra, estrechos nichos del punto de vista cuantitativo, pero con creciente visibilidad política, que vislumbraban la posibilidad de una sociedad salarial: comparada a los países avanzados, ésta sería raquítica no sólo por la estrechez de las políticas públicas, sino porque le faltarían experiencias, identidades e instituciones que dieran fuerza a las luchas operario-populares y que forjaran un campo de derechos que estuviera en la base de las reivindicaciones y negociaciones colectivas.

Este cuadro era muy tosco, pero servía como farol que iluminaba la lucha por la extensión y la consolidación de los derechos de ciudadanía. Los "50 años en 5" de Juscelino constituían la metáfora de este modelo desarrollista, centrado en la Gran São Paulo, cuya ciudad, se decía en la época con orgullo, era la que "más crecía en el mundo". Éste es el momento de fusión de las luchas urbano-operarias, cuyo clímax fueron las

huelgas metalúrgicas de finales de los años 70 y su esparcimiento a otros sectores en el correr de la siguiente década. Se abre entonces una larga coyuntura de luchas que, a pesar de su vigor, raramente alcanzan sus reivindicaciones, traduciéndose la mayoría de veces en aquello que se acordó denominar “experiencias de derrota” (Kowarick, 2000a): es el período de los años 80, en el cual se configura un bloque de movilidad social ascendente, hecho inédito en la historia republicana.

La movilización operario-sindical tuvo efectos diminutos o nulos desde el punto de vista de la expansión de los derechos: la modernización tecnológica, productiva y organizacional significó la destrucción del trabajo asalariado permanente y regular, en gran parte substituida por el empleo precario, flexible, inestable, irregular, autónomo, informal u otras designaciones. El resultado fue una “tercerización sucia y predatoria [no sólo, diría yo] en la punta de la cadena productiva de la empresa” (Rizek y Silva, 1996). Algunas cifras: en 1990, 36% de los que vivían o trabajaban en São Paulo desarrollaban tareas asalariadas o autónomas marcadas por la informalidad, parcela que nueve años después sobrepasa el 49%, esto es, casi 2,2 millones de personas, al paso que, en un período equivalente, el empleo asalariado formal decrecía en un 18%:

La mayoría está en la informalidad en razón del desempleo y la amplia mayoría tiene como demanda la regularización de la actividad [...]. Ésta tiene un lugar en la cadena productiva [...]. Pero esto no significa que esta inserción sea importante en la generación de renta. Por el contrario, esta integración es extremadamente precaria y, además de no garantizar el acceso a los derechos sociales y de trabajo básicos [...], se caracteriza por una renta muy baja (CUT, 2000: 9).

Actualidades conceptuales

Vale señalar que, en la Región Metropolitana de São Paulo, la evolución de los datos en los años 1990 a 2000 indica un desempeño económico perverso para gran parte de los trabajadores en cuanto a niveles de remuneración, desempleo, desasalariamiento y trabajo irregular, reproduciendo una vasta situación de pobreza y vulnerabilidad que marcó la década

de los 80, la llamada “década más que perdida” (Lopes y Gottschalk, 1990). Se hace necesario añadir que, entre 1989 y 2001, el rendimiento medio de los trabajadores cayó 30%, el desempleo subió de 9% a 18% y, en el inicio del período, apenas un 3% permanecía desempleado por más de 12 meses, proporción que saltó a 22% al tiempo que el período medio de búsqueda de trabajo pasó a ser de 48 semanas, conforme muestra la Tabla 1.

Caracterización de la fuerza de trabajo	1989	2001
Rendimiento medio/índice	100,0	70,2
Contratos flexibilizados (%) ¹	20,9	35,4
Desempleo total (%)	8,7	17,6
Más de 12 meses buscando empleo (%)	2,9	22,3
Duración media de búsqueda de trabajo (semanas)	15,0	48,0

Fuente: DIEESE/SEADE: PED, Investigación Empleo y Desempleo, 2003.
¹ Asalariados sin licencia de trabajo, servicios tercerizados y autónomos que trabajan en empresas.

Datos de esta naturaleza podrían ser repetidos ad náuseam para todas las metrópolis brasileñas, y serán retomados para años más recientes en el capítulo 6. No voy a insistir en detallar la situación económica y social de la población de las grandes ciudades brasileñas, ni a dejar de apuntar que, en varios aspectos básicos –caída de la mortalidad infantil y general, con un consecuente aumento en la esperanza de vida; mayor proporción de domicilios servidos por red de agua, alcantarillado y recolección de basura; porcentaje de niños y jóvenes en las escuelas; y caída en las tasas de analfabetismo–, ocurrieron mejoras cuantitativas significativas.

Pero hay un componente vital en la determinación del patrón de vida urbana: la vivienda. Esto debe ser resaltado debido a la precariedad de buena parcela de las viviendas y porque son inexistentes las políticas habitacionales masivas dirigidas a la población de baja renta (Instituto de Ciudadanía, 2000). Me refiero particularmente a las favelas, entendidas como ocupación de tierra ajena, pública o privada, cuyas unidades de vivienda, chabolas de madera o casas de albañilería, están presentes en

buena parte de las ciudades medias y grandes de Brasil, muchas situadas en zonas insalubres o en áreas de riesgo.

Destaco el caso del municipio de São Paulo por ser conocidos algunos procesos de favelización. Primero, cabe subrayar su ritmo de crecimiento, pues, si a mediados de los años 70 los favelados representaban apenas el 1% de la población de la ciudad (cerca de 72 mil personas), esta parcela sobrepasa el 4,4% en 1980 (poco más de 800 mil habitantes) y, en 2007, casi el 14% de la población de la ciudad (más de un millón y medio) mora en este tipo de aglomerado, según como se detalla en el artículo cuarto de este libro.

Vale resaltar que la mitad de los favelados llegó a este local extremadamente expoliador de vivienda entre 1987 y 1993, denotando la aceleración de una dinámica que tiene que ver con la grave crisis económica de inicios de los años 1990. Todavía más: 39% salieron de casas alquiladas y 9% de residencias propias, lo que indica una voluptuosa movilidad socio-habitacional descendiente. Esta argumentación es reforzada por el hecho de ser los jefes de familia jóvenes —el 47% tenía hasta 35 años— y soporta la afirmación según la cual se rompe el tradicional proceso de autoconstrucción de casa propia por parte de los que dejan la casa paterna, dinámica extremadamente vigorosa en los años entre 1950 y 1970, y ya en declive en la década siguiente (Alcaldía del Municipio de São Paulo, 1996).

No queda duda de que las favelas son extremadamente heterogéneas tanto desde el punto de vista de la calidad urbanística y habitacional como desde las condiciones sociales y económicas de las personas que en ellas residen. Por otro lado, es también sabido que, en relación a décadas anteriores, hubo mejorías en los patrones de habitabilidad relativos a la vivienda y a servicios como recolección de basura y conexión a la red de agua (Taschner, 1997). A pesar de tales mejorías, para la gran mayoría vivir en favelas representa vivir en un medio ambiente sujeto a altos índices de degradación y contaminación, teniendo en cuenta el destino de los desechos, la baja proporción de unidades de vivienda ligadas a la red de alcantarillado y el gran número de aglomerados al margen de canales sujetos a inundaciones y a la erosión o en áreas de acentuado declive (Taschner, 1996): en este sentido es ejemplar la favela Vila Nova Jaguaré, no lejos de la Universidad de São Paulo, que congrega cerca de 12 mil

habitantes y presenta un grado razonable de servicios urbanos en sus áreas más altas, donde, en los días de lluvia, toda suerte de detritos y desechos se mezcla en el lodazal de sus zonas bajas, generando un hedor fétido que impregna las viviendas de sus habitantes.

Pero no es solamente por las condiciones físico-ambientales o por la situación irregular en cuanto a la propiedad del inmueble que vivir en favelas constituye, para muchos, un proceso de descenso social. Prevalece, además, una fuerte percepción de que la favela es local de vagabundeo y desorden, tenido y habido como antro de vicio y criminalidad. Voy a repetir un texto antiguo que continúa teniendo actualidad frente al aumento de desempleo, de trabajo informal e intermitente, de familias con jefe femenino, de tráfico de drogas, de la violencia y del destaque sensacionalista con que los medios tratan el así llamado “caos urbano”:

La condición de *subciudadanía urbana* es importante para fundamentar una forma de control social por la inspección de la vida privada de las personas: el mundo del desorden, potencialmente delincuente, es joven, [...] de preferencia no porta o no tiene licencia de trabajo y vive en los *cortiços* de las áreas centrales o en las favelas de las periferias. Sobre esta movilidad de vivienda, el imaginario social construyó un discurso que escudriña la mezcla de sexos y edades, la desorganización familiar, la moralidad dudosa y los hábitos perniciosos, mirando esos locales como focos que fermentan los gérmenes de la degeneración y del vagabundeo y, de ahí, el paso a la criminalidad. O sea: la condición de subciudadano como morador de las ciudades constituye una fuerte matriz que sirve para constituir el diagnóstico de la peligrosidad (Kowarick, 2000b: 54-55).

Estas largas digresiones acerca de las recientes situaciones precarias de trabajo y vivienda en São Paulo tienen el objetivo de caminar en el sentido teórico de problematizar el concepto de “desfiliación”, propuesto según la obra seminal de Robert Castel (Castel, 1995): significa pérdida de raíces y situación en el universo semántico de los que fueron desligados, desatados, desamarrados, transformados en sobrantes y deshabilitados de los circuitos básicos de la sociedad. No se trata, conviene recordar, de un estado o condición, sino de un proceso que es necesario perseguir para delinear sus transformaciones, pues se puede encontrar una fórmula para la *cuestión social* a través de la perspectiva histórica.

Desarraigo social y económico significa, por un lado, debilitamiento de lazos de la sociabilidad primaria –familia, parentesco, barrio, vida asociativa y el propio mundo del trabajo–; por el otro, desempleo de larga duración o trabajo irregular, informal, intermitente u ocasional, que adviene de varias modalidades de desinserción en el sistema productivo. En el caso brasileño, no se puede encontrar una fórmula decurrente de la crisis de la sociedad salarial para la *desfiliación*, pues –como ya fue señalado– ésta presupone un campo de conflictos, negociaciones y conquistas estructurado en instituciones sociales y políticas sólidamente constituidas. Sin embargo, parece pertinente hablar de desarraigo de la condición del asalariado formal, cuya expresión reciente es el aumento de la porción de desempleados y la mano de obra sin licencia de trabajo firmada, a la cual se suma la masa de prestadores de servicios de todo orden. En otros términos: no fueron tanto las prácticas de lucha del mundo fabril y sindical las que se perdieron, sino la experiencia de regularidad en cuanto a rendimientos proveniente de trabajo continuo, asalariado o autónomo y, para buena parcela, la seguridad conferida por la previsibilidad en relación a la jubilación por tiempo de servicio. En este sentido, pienso que es posible afirmar que está ocurriendo un vasto proceso de desarraigo del mundo del trabajo, en la medida en que, para muchos, se volvió informal, inestable y aleatorio. No estoy solo en esta afirmación:

La sociedad capitalista desarraiga, excluye, para incluir, incluir de otro modo [...]. Antes, enseguida de darse la exclusión, en cortísimo plazo se daba la inclusión: los campesinos eran expulsados del campo y eran, enseguida, absorbidos por la industria. [...] En otras palabras, el período de paso del momento de exclusión al momento de la inclusión se está transformando en un modo de vida, se está volviendo más que un momento transitorio (Martins, s/f: 32-33).

El desarraigo en el ámbito de la sociedad primaria puede ser configurado a través del aumento de familias monoparentales dirigidas por mujeres, que subió en la Región Metropolitana de São Paulo del 10%, en 1988, al 14%, a finales de la década siguiente. Para los grupos pobres, este fenómeno ha sido señalado como elemento desestructurador de la vida familiar y causa de empobrecimiento. Por otro lado, el hecho de que una

de las más importantes causas de muerte de jóvenes entre 14 y 25 años, principalmente en las periferias de la metrópoli —según el capítulo 4—, se centre en el homicidio constituye también un fuerte indicador de desagregación de la sociabilidad primaria: tal vez no sea el caso de hablar de desarraigo social, pero, ciertamente, estos procesos indican un incremento de la vulnerabilidad socioeconómica y civil. De hecho, estudios señalan cambios en la sociabilidad familiar y comunitaria, pero también realzan su importancia para, en un contexto de débil presencia de la acción estatal, enfrentar los desafíos decurrentes de la fragilidad de los derechos sociales y también para, en tiempos más recientes, enfrentar la vulnerabilidad en cuanto a los derechos civiles básicos, cuyas expresiones más flagrantes translucen a través de las varias formas de violencia perpetradas por bandidos y por la Policía.

Es importante destacar que, entre 1930 y 1980, fue masivo el desplazamiento de las zonas rurales y pequeños aglomerados rumbo a las grandes metrópolis, entre las cuales se destaca la Gran São Paulo. Esto implicaba desarraigo social y económico, típico de la dinámica migratoria que conduce a los centros urbanos. Nunca está por demás recordar que la movilidad territorial significó muchas veces —y aun en tiempos actuales— escapar de la miseria, al igual que de la violencia perpetrada por los potentados agrarios. Por otro lado, generalmente, ocurría en el momento de la llegada a la metrópoli la inserción en los engranajes productivos, que podía no ser el empleo regular y que frecuentemente era mal remunerado pero continuo, lo que abría la posibilidad de una inserción en la ciudad a través de la autoconstrucción, que, a su vez, resultaba en vivienda propia, lentamente conectada a los servicios urbanos básicos. Estos procesos, junto con el acceso a la escuela por parte de los hijos y al sistema de salud, por más precarios que fueran, significaban conquistas altamente valorizadas en relación al pasado no metropolitano. Representaban, por consiguiente, una fuerte asimilación a los valores urbanos, que se traducían en la simbología de haber vencido los llamados “desafíos de la ciudad”. Aquellos que no eran capaces de saltar los obstáculos de la metrópoli eran los que no conseguían pagar el “precio del progreso”: vivienda propia con infraestructura urbana, educación y salud constituían vigorosas palancas de integración que abrían espacios valorativos y reales de ascensión social, a pesar de perdurar ocupaciones advenidas de todo

orden, pero que compensaban la ausencia o la intermitencia del empleo asalariado regular.

En aquella situación coyuntural, todo indica que es equivocado utilizar la noción de desfilación entendida como desarraigo social y económico. Al contrario, parece pertinente usarla en coyunturas más recientes, cuando, en el proceso de desplazamientos sociales y económicos, el punto de llegada se caracteriza por situaciones de pérdida y percepciones negativas en relación al punto de partida: muchos vivían en la ciudad en mejores condiciones de habitabilidad, pero en un momento de agudización del desempleo y de precarización del trabajo se puede producir una *situación de desarraigo* que hace pertinente introducir la noción de *desfilación*.

Desde el punto de vista teórico, como ya fue subrayado anteriormente, cabe destacar que los segmentos desarraigados no deben ser confundidos con los que se encuentran en una situación de exclusión. Esta noción trae consigo la idea de no ser admitido, de ser repelido, mandado fuera; en fin, designa a un grupo que se encuentra cercenado, confinado o banido, designado a una condición de desposesión de derechos. Se resalta que el concepto de exclusión utilizado en este capítulo gana significación teórica cuando es relacionado a los derechos civiles, pues, como ya se mencionó, es engañoso pensar en grupos desligados social y económicamente constituyendo agregados aislados de la sociedad. Está claro que es posible hablar de separación social cuando se tienen en mira las diferencias abismales que separan los estratos de nuestra puntiaguda pirámide social (Telles, 1994); foso que, al segregar y discriminar en función del local de vivienda, de la vestimenta o del color de la piel, fundamenta la prepotencia en el tratamiento de los que son considerados inferiores (DaMatta, 1990): ésta es la vasta y compleja cuestión de la ciudadanía *privada, inexistente, confinada, de tercera clase, excluyente o jerarquizada, concedida*; en resumen, para no ser exhaustivo, de la *subciudadanía* o de la *ciudadanía lumpen* (respectivamente, Kowarick, 2000b; Telles, 1992; Santos, 1994; Carvalho, s/f; Nascimento, 1994; Sales, 1994; DaMatta, 1987; y Santos, 1999).

Conviene iniciar por algunas situaciones de la vida cotidiana, en el tránsito o en los locales de ocio, en que algunos se apropian del espacio público y lo colonizan a través de justificativos que sustituyen reglas de carácter universal por el arbitrio personal, en un movimiento de autode-

fensa que, al preservar intereses privatistas, descarta el reconocimiento del otro y, por lo tanto, solapa los derechos colectivos (O'Donnell, 1998). Todos nosotros vivimos ya innumerables 'microescenas' que revelan la banalidad con que el autoritarismo se manifiesta en el cotidiano de las relaciones sociales. Es, por ejemplo, el taxista que, al salir de la Universidad de São Paulo, anota la placa de un carro que le cierra ligeramente el paso: "Tengo un cuñado que es de la Policía Militar y siempre le ayudo, porque no puede estar en todo lado".

El paso siguiente es la autodefensa de la segregación socioespacial en recintos cerrados y protegidos. El lema es evitar lo diferente, pues la mezcla social es vivida como confusión, desarmonía o desorden: son los *enclaves fortificados* organizados en la "seguridad total [...] del nuevo concepto de vivienda [...]. La relación que establece con el resto de la ciudad y su vida pública es de *evitar*" (Caldeira, 1997: 142 y 164)⁵, tema retomado en el capítulo 12. Se trata de una sociabilidad enclaustrada y defensiva, cimentada en el retraimiento de la vida privada —la casa—, que rechaza las esferas públicas —la calle—, tenidas como espacio de adversidad, imponderables e imprevisibles. Es por excelencia el espacio social del anonimato, donde todo puede acontecer, y por lo tanto, el *local de peligro y de la violencia*:

En la calle no hay, teóricamente, ni amor, ni consideración, ni respeto, ni amistad. Es un lugar peligroso [...]. ¡Qué inseguridad nos posee cuando un pedazo de nuestra sangre y de nuestra casa va al encuentro de ese océano de maldad e inseguridad que es la calle brasileña! (DaMatta, 1998: 29).

El segundo movimiento señala una aceleración que, cimentada en las bases de la inseguridad y del miedo, ya no conduce más al retraimiento defensivo, sino a la descalificación o destitución del otro, tenido como diverso y adverso, visto como potencialmente amenazador. Ahora comienzo a penetrar en la esencia del concepto de exclusión al relacionarlo con el proceso de estigmatización y discriminación, repulsa o rechazo; en última instancia, de la negación de derechos (Nascimento, 1994): la anulación de aquellos que son percibidos como diferentes e inferiores constituye una cuestión social que atraviesa nuestra historia y continúa

5 Las itálicas son mías.

siendo un elemento constitutivo de las relaciones sociales fuertemente jerarquizadas y estigmatizadas imperantes en nuestra sociedad:

Lo que más imprime fuerza y sentido a la propia idea de exclusión tiene que ver con el hecho de que sobre ellos (los otros, diferentes, subalternos, amenazadores, peligrosos) se abate un estigma, cuya consecuencia más dramática sería su expulsión de la propia “*órbita de humanidad*”, eso en la medida en que los excluidos [...] llevan muchas veces una vida considerada subhumana en relación a los patrones normales de sociabilidad... (Oliveira, 1997: 51)⁶.

En términos simples: se acentúa un imaginario social que asocia a las camadas pobres a un modo de condición de vida que estaría en las raíces de la creciente violencia que impregna el escenario de las grandes ciudades brasileñas. Esta asociación es una marca de las representaciones que siempre se hicieron acerca de la pobreza, que necesitaba ser domesticada y moralizada en sus hábitos, costumbres y comportamientos. En contrapartida, había también una fuerte matriz discursiva que oponía “trabajadores pobres” a “bandidos”. La entonación de estas percepciones varió en el tiempo y en el espacio, pero pienso que es correcto afirmar que, fundamentalmente, a partir de la década de los 90, con el aumento del desempleo y subempleo, de la favelización y de la propia criminalidad, se restauró un conjunto de discursos y prácticas que manejó una semejanza de la situación de pauperización con el comportamiento delincuente (Valladares, 1994; Peralva, 2000; Caldeira, 2000). En este sentido es oportuno reproducir citas de especialistas en la materia:

[Distinguir trabajadores de bandidos] puede hacerse con el uso del buen sentido. Incluso porque el bandido *tupiniquim*, nuestro bandido [...], tiene *tipología definida*, está siempre bajo la media. Es desnutrido, mal vestido, subempleado; en fin, tiene *psicosomática definida*. La apariencia general de los bandidos es idéntica (Dias, 1976: 6)⁷.

6 Ibid.

7 El coronel Erasmo Dias era, en la época, secretario de Seguridad Pública del gobierno del estado de São Paulo. La violencia, principalmente los homicidios, constituye objeto del capítulo 14. Las itálicas son mías.

Inseguridad, miedo, amenaza, peligro y crimen se hicieron asuntos dominantes de los discursos, la mayoría de veces acusatorios, de nuestro cotidiano urbano, y se transformaron en elementos que estructuran múltiples prácticas sociales de carácter defensivo y repulsivo que, para más o para menos, rebasan todas las camadas de la sociedad brasileña, volviéndose un tema recurrente y espectacular de noticieros y reportajes de los grandes medios: la violencia constituye un elemento estructurador, al mismo tiempo banal y asustador, en las acciones y pensamientos del día a día de nuestras metrópolis. Este escenario sociocultural de estimulación de los imaginarios que miran a los otros, los despojados de humanidad, como amenazadores, acaba por acentuar lo que ha sido denominado “mentalidad exterminadora” (Oliveira, 1997). En este punto, llego al meollo central de lo que estoy denominando “principio de exclusión social”, pues no se trata sólo de aislar, confinar o expulsar, sino, siguiendo el camino de Hannah Arendt, de negar al otro el *derecho de tener derechos*: es el instante extremo en que las representaciones y prácticas llevan a la exclusión del otro, tenido y habido como encarnación de la peligrosidad y, por lo tanto, pasible de ser eliminado.

No me estoy refiriendo tan sólo a la acción de justicieros o de la Policía Militar, que, en la Región Metropolitana de São Paulo, entre 1981 y 2002, mató a 12 640 personas, la mayoría jóvenes y negros, meros transeúntes, sin antecedentes criminales o practicantes de delitos leves (Oliveira Jr., 2003). Tampoco me refiero al hecho de que el crimen organizado desarrolle un verdadero ‘poder paralelo’ en ciertas áreas pobres de las periferias de São Paulo, Río de Janeiro u otro gran aglomerado urbano, a través de amenazas de muerte, toques de queda, interdicción de edificios públicos, envío de cartas en las que avisan a los moradores no salir de casa en ciertos días y horarios (Folha de S. Paulo, 2000: C1) o mandando recados a directores de escuelas para que hagan salir a los alumnos: “Ellos quedan asustados y los profesores no quieren trabajar en estas áreas de riesgo [...]. Todos los líderes y funcionarios de esas instituciones —ocho centros comunitarios que atienden de 10 a 20 mil personas por mes— relatan haber hecho algún pacto con traficantes para conseguir trabajar” (Folha de S. Paulo, 2000: C3). Todo indica que los pactos con criminales son expedientes frecuentes en los barrios pobres. Van desde la ‘ley del silencio’ de los moradores —niños, jóvenes, adultos y adul-

tos mayores, de ambos sexos— que saben de o asisten a homicidios y necesitan proteger sus vidas, hasta acuerdos hechos por empresas que, para realizar sus lucros, hacen una “contribución mensual en dinero. A partir de ahí, el ‘movimiento’ garantiza la obra” (Folha de S. Paulo, 2000: C3).

Algunas escenas pueden ser importantes para ilustrar casos extremos de destitución o anulación de derechos. Primera escena: un niño de diez años fue encerrado en la cámara de refrigeración del supermercado Pão de Açúcar, localizado en un ‘barrio noble’, por un policía militar con ‘ficha limpia’, que hacía *bico*⁸ en sus horas de descanso. El niño dijo: “Yo no pido caridad. Yo cuido los carros allá y todo el mundo me conoce [...]. Yo tuve mucho frío [...]. Dentro había luz y las carnes parecían piedras [...]. Grité y golpeé la puerta [...]. Tuve miedo de morir ahí dentro”. “Colócalo en el *freezer*”, había dicho un funcionario al policía, por “media hora, porque él es fuertecito” (Folha de S. Paulo, 1999: A3). Otra escena: Geni Barbosa fue pescada in fraganti por vigilantes robando frascos de protector solar en el Carrefour de Jacarepaguá, y fue entregada a los traficantes de la región con el fin de recibir el debido castigo. Según un exdelincuente, en su declaración hecha a la Policía, hay varios niveles de condena para quien no respeta la “empresa protegida [...]: tiro en la mano, palazos, expulsión de la comunidad, dependiendo de la gravedad del caso” (Folha de S. Paulo, 2001: C3).

Dos escenas más: Galdino dos Santos, indio pataxó *hã-hã-hãe*, quemado vivo por jóvenes de clase media en Brasilia. “Pensábamos que era un mendigo”, dijo uno de ellos (Folha de S. Paulo, 1997: C2). Finalmente, el epílogo, pues podrían transcribirse innumerables relatos: el exterminio de 111 detenidos en el presidio Carandirú en São Paulo, realizado por la Policía Militar con anuencia de autoridades de primera escala del gobierno del estado. Este acontecimiento asume su plena significación cuando se sabe que 33% de los habitantes de la capital, según la *Folha de S. Paulo*, y 44%, en una investigación realizada por el periódico *O Estado de S. Paulo*, apoyaron la masacre, cuyas fotos fueron estampadas en la prensa escrita y televisadas (Caldeira, 2000: 176).

8 *Fazer bico* es una expresión brasileña que significa “hacer un trabajo pequeño, generalmente para ganar un dinero extra” (N. de la T.).

Estos son casos extremos, pero ya no excepcionales. Tal vez sea demasiado hablar de *mentalidad exterminadora*, en la medida en que no surja como principio constitutivo dominante en los pensamientos individuales y en las formulaciones colectivas. Pero la desconfianza y el miedo se han constituido en elementos estructurales de los modos de vida, haciendo que las personas organicen su cotidiano teniendo en cuenta su vulnerabilidad delante de la violencia: inseguridad, cautela y prevención se han hecho fenómenos masivos, originando procesos sociales que conducen a una situación de autodefensa y se traducen en el retraimiento o la reclusión en ambientes protegidos. La contrapartida de esta dinámica sólo puede llevar a la evasiva del otro, percibido como diverso y adverso y, a partir de un cierto momento y en ciertas ocasiones, el otro pasa a ser visto como amenazador, peligroso y violento. En este recorrido creciente se estarían forjando actitudes, valores, discursos y comportamientos que alimentan lo que estoy llamando “principio de exclusión”.

Para retomar el epígrafe de este capítulo: ¿cómo quedamos...?

Conclusiones

La pregunta gana en significación si se tiene en cuenta que las vastas transformaciones socioeconómicas y políticas de las últimas décadas no han sido capaces de atenuar la pobreza masiva imperante en la sociedad brasileña. En otras palabras, ¿cuáles discursos y acciones dan contenido a las cuestiones sociales de nuestra actualidad urbana en torno a la problemática de la desigualdad y la injusticia? Quiero dejar en claro que semejante problematización sólo puede ser tentativa, situándose más en el campo que Wright Mills designó de “imaginación sociológica” que en resultados teóricos y empíricos sistemáticos.

No se trata de retomar las múltiples investigaciones que buscan problematizar nuestra “maldición de origen”, que encuentra sus raíces más profundas en la esclavitud (Telles, 1994: 46). Tampoco entraré en la polémica acerca del abordaje de cuña culturalista —un *ethos*—, elemento inherente a nuestras raíces: tristeza, cordialidad, mestizaje y conciliación, o el

*jeitinho*⁹ y su negación, la prepotencia (Gurza Lavalle, 2001). Sin embargo, es teóricamente falaz encontrar una fórmula para estos atributos en cuanto esencias que explicarían la *sociabilidad tupiniquim*, especie de ADN sociocultural, cuya mutación requeriría una permanencia secular y que evolucionaría a través de sus atributos constitutivos. La constatación de compromisos de estilo patrimonialista y paternalista —el favor y la dádiva— en el Brasil urbano-capitalista es una combinación compleja, diversa y siempre renovada, y no un conjunto de esencias que sobrevive a partir de un pasado remoto, impregnado en nuestras raíces (Sales, 1994).

Señálese que, a pesar de las varias investigaciones, es necesario todavía mucho esfuerzo para mejorar las interpretaciones acerca de una cuestión que guía nuestra formación histórica post-1888: ¿cómo extender y consolidar los derechos de ciudadanía en una sociedad en la que el sistema esclavista sedimentó las relaciones socioeconómicas hasta épocas tardías del siglo XIX, al mismo tiempo en que la población libre y pobre era tenida y habida como vaga, carga inútil, imprestable para el trabajo disciplinado y regular, verdadera *plebe* que deambuló por siglos al margen de las dinámicas productivas básicas de la Colonia y del Imperio? (Carvalho Franco, 1969; Kowarick, 1994). En la visión de los potentados de la época, esa masa de descalificados constituía “otra humanidad”, expresión aplicada a la pobreza minera del siglo XVIII y, como ya fue señalado, alusiva al proceso de exclusión en la acepción plena del término: el no reconocimiento del otro, tenido como subalterno e inferior, diverso y adverso (Mello y Souza, 1983: 219).

Sin caer en la tentación explicativa de nuestras “raíces coloniales” ni fundamentar la argumentación en abordajes que privilegian los trazos de nuestra brasilidad, parece ser posible hablar —siguiendo los pasos de Roberto Schwarz— de *desfachatez de clase*. Se trata de ingredientes mutables de la sociabilidad entre personas y grupos jerárquicamente desiguales, en los cuales los de encima son capaces de convivir sin culpabilizar a

9 Es una forma social de actuar del brasileño para desviar la ley o las convenciones sociales. Para conseguir lo que quiere usa medios como el chantaje emocional, promesas, recompensas, dinero...; se da un modo de evadir o evitar las responsabilidades, como, por ejemplo, “barrer el polvo debajo de la alfombra”, pasar dinero para sacar la licencia de conducir, llorar para conseguir un precio menor, no ir a trabajar para ir al fútbol y no ser amonestado por eso, etc. (Correspondería en Ecuador a la llamada “viveza criolla”. N. de la T.).

los de abajo, pero también de experimentar sin remordimientos su condición de superioridad. Se trata, en resumen, de saber maniobrar con polaridades extremas, pues los más pobres, a través de muchas actividades, están a servicio de los más ricos que, dígame de paso, mucho se benefician de esta aguda pirámide social y económica.

Opacar las polaridades a través de particularismos y favores significa un vasto proceso de destitución de derechos, lo que implica un eficiente ejercicio de dominación, por la persuasión o la violencia: en el Río de Janeiro de Machado de Assis, la convivencia era tenida y habida como natural entre liberalismo y esclavitud por parte de la élite de la época. Es necesario afirmar que, para eximirse delante de la pobreza y hacer la inferioridad ventajosa, no basta percibirla como inherente a la fundamentación de nuestra sociedad, es también necesario controlarla a través de discursos y acciones que lleven a su pacificación (Schwarz, 2000: 99 ss.).

En lo que hay de esencial, la matriz de la desigualdad de la sociedad brasileña no reside en culpar a los pobres por su pobreza, a pesar de que el discurso sobre la vagancia haya estado muy presente en varios momentos de nuestra historia colonial, imperial y republicana¹⁰. Sin embargo, la magnitud actual del pauperismo de nuestras ciudades aparece de forma tan evidente que se ha hecho crecientemente difícil afirmar que estamos en una sociedad abierta y competitiva y que quien trabaja dura y arduamente consigue llegar alto. Incluso porque el desempleo, el subempleo y la precariedad del trabajo se convierten en fenómenos masivos que alcanzan también parcelas importantes de las camadas medias. El mito de la ascensión social por el esfuerzo y la perseverancia no encuentra más raíces para fundamentar el ideario de la escalada social. Al contrario, el trabajador honesto, cumplidor de sus deberes –frente a las ganancias provenientes de las actividades ilícitas e ilegales– es visto como “el tonto que trabaja cada vez más para ganar cada vez menos” (Valladares, 1994: 107).

El problema de la pobreza pasa también a ser menos visto como responsabilidad del Estado, incluso porque la acción pública de protección

10 “*Blaming or not blaming the victim*” (“Culpar o no culpar a la víctima”) constituye la base de la polémica americana acerca de la *underclass*, abiertamente político-ideológica, que opone la visión conservadora a la liberal, en la acepción de progresista (Kowarick, 2009: capítulo 1).

siempre fue de pequeña envergadura¹¹. Además, en los tiempos llamados “de neoliberales”, gana cuerpo la percepción de que éste es inoperante, ineficaz, corrupto, fallido, y que sus funciones deben ser reducidas y sustituidas por agentes privados, pero en la capacidad de enfrentar las varias manifestaciones de la marginación social y económica. Como consecuencia, ha ocurrido un amplio y diverso proceso de *desresponsabilización* del Estado en relación a los derechos de ciudadanía, y en su lugar surgen acciones de cuña humanitaria que tienden a equilibrar las cuestiones de la pobreza en términos de atención focalizada y local. De esa manera, ocurren actuaciones la mayoría de veces marcadas por la buena voluntad del espíritu asistencial, en el sentido de resolver problemas de emergencia, discapacitando a los grupos para enfrentar sus penalidades sociales y económicas, ya que esas vulnerabilidades dejan de aparecer como procesos colectivos de negación de derechos. La cuestión es traducida en términos de *commiseración*:

La cuestión social parece, así, dejar de ser propiamente una “cuestión”, cuestión política, cuestión nacional, cuestión pública –respecto de los derechos como principios reguladores de la economía y de la sociedad–, para fijarse como problema a ser administrado técnicamente o como problema humanitario que interpela a la conciencia moral de cada uno. No por casualidad donde antes tenía algún lugar o pertinencia en el escenario público algún discurso de la ciudadanía y de los derechos, es hoy ocupado por el discurso humanitario de la filantropía (Telles, 2000: 16).

No desconozco las potencialidades de nuevas arenas que pueden venir a estructurar campos de protección y luchas por derechos socioeconómicos y civiles, cuyos ejemplos más promisoros constituyen el estatuto legal de defensa de los niños y adolescentes, de las mujeres, de los consumidores o la reciente legislación que busca enfrentar los graves problemas urbanos de nuestras ciudades. Todos esos esfuerzos, a pesar de abrir cana-

11 Siguiendo los caminos de la tradición republicana y jacobina, destaque que el debate francés, de la izquierda a la derecha del espectro político, variando en los diagnósticos y en las propuestas, enfatiza la necesidad de una fuerte presencia estatal, que tiene como responsabilidad promover la (re)inserción de los grupos marginados. El fundamento de la propia democracia residiría en la dinamización de formas de solidaridad que no dejaran a aquellos que estuvieran fuera permanecer ahí (Kowarick, 2009: capítulo 1).

les de defensa y reivindicación, continúan bastante embrionarios, lo que permite continuar enfatizando la ocurrencia del amplio y variado *proceso de destitución de derechos*.

Pienso que tiene por lo menos dos matrices de actuación, diversas pero articuladas entre sí. La primera es la clásica actuación que puede ser llamada “de control y acomodación social” por la *naturalización de los acontecimientos*. Contrariamente a culpabilizar a los pobres, los mecanismos residen justamente en su opuesto, en desresponsabilizarlos de la situación en que fueron lanzados, ya que ella depende del acaso, de la suerte o del azar, que cae aleatoriamente sobre unos y no sobre otros. Son los discursos de la imponderabilidad que siguen a las leyes incontrolables de la naturaleza o a la inevitabilidad de aquello que siempre fue así porque sí. La actualización de esas formulaciones proclama las leyes inescapables del mercado, de la globalización, del avance tecnológico o de la jerarquización social, y, de esa forma, acaba por llevar a la individualización de la cuestión del pauperismo: estar desempleado, vivir en una favela o ser asesinado por la Policía o por los bandidos es formulado como un destino que cae sobre los desheredados de la suerte: se trata, en fin, de un “coitado”¹². La consecuencia es que la actuación de quien está en la polaridad de comando de la relación social no solamente se desobliga de los que están en posición de subalternidad, sino que la propia dinámica que produce la marginación gana la nebulosidad del descompromiso, pues también es tenida y habida como ineluctablemente natural: “Haciendo del pobre un ‘no sujeto’, la pobreza es como ‘naturalizada’ y las relaciones sociales se vuelven ‘naturalmente’ excluyentes” (Nascimento, 1994: 301).

La otra matriz de control y acomodación social puede ser llamada “de neutralización”. Se basa tanto en astutos artificios de persuasión como en evidentes métodos de constreñimiento y coerción que conforman vigorosos mecanismos para reforzar las dinámicas de subalternizaciones. Comienzo por lo obvio, aludiendo al tradicional dicho, no tan popular, que constantemente recuerda que las personas deben permanecer en sus

12 El término viene de “coito”. “Coitado” es, entonces, aquel que fue sometido a la cópula carnal. Debo esta observación a Adrián Gurza Lavalle. Ésta no se distancia de la hecha por Roberto DaMatta: “Creamos hasta una expresión grosera para ese tipo de gente que tiene que seguir imperativamente todas las leyes: son ‘los jodidos’ de nuestro sistema” (DaMatta, 1990: 199).

debidos lugares: “*Cada macaco no seu galho*”¹³ es una fórmula de discriminación marginadora y ciertamente de difícil aplicación, por lo menos en la actualidad de los grandes centros urbanos. Pero hay otros medios que sirven para demarcar la localización social de los pobres. En este sentido, basta recordar que en los edificios de las camadas medias y acaudaladas hay un itinerario que indica los recorridos de los elevadores “sociales” y “de servicio”, que no se prestan sólo para la entrega de mercaderías y son reveladores de nuestras endulzadas formas de penalización: al final, ninguno de nosotros es prejuicioso, pero tenemos amigos íntimos o parientes próximos que manifiestan restricciones reflexionadas o explosivas a los que son diferentes de nuestro color o condición social (Schwarz, 2001: 39).

En esta dirección se encuentran los mecanismos de evasión y separación señalados en páginas anteriores. Humillaciones, extorsiones, agresiones, golpizas y otras formas de violencia, que pueden llegar al homicidio, practicados por la Policía y por los bandidos, constituyen actos cotidianos que no hacen parte de las estadísticas, ya que las personas, por miedo a represalias, se callan. Estos actos pueden volverse poderosas formas de control y acomodación social, pues acaban haciendo que los subalternos conozcan los riesgos de salir de sus lugares: “Este brasileño forma parte de la comunidad política nacional apenas nominalmente. Sus derechos civiles son irrespetados sistemáticamente. Él es culpado hasta que pruebe lo contrario. A veces, incluso hasta después de probar lo contrario” (Carvalho, s/f: 92).

En el mismo sentido teórico se encuentran los análisis de Wanderley Guilherme dos Santos de una polémica categorización, según la cual en nuestro tropicalismo exuberante hay apenas naturaleza, una especie de *hobbesianismo social*, ya que las personas desconfían y descreen de las instituciones jurídicas y policiales y, como consecuencia, niegan y encubren los conflictos y las variadas modalidades de victimización a la que frecuentemente se encuentran sometidas: se trata de la *cultura cívica de la disimulación* (Santos, 1994: 100 ss.). Es en esta misma línea de argumentación que Francisco de Oliveira, en un ensayo interesante por su radicalidad, se refiere a la *destitución, robo o anulación del habla*, esto es, a la desclasificación de

13 Ésta es una expresión popular brasileña que expresa la idea de que cada cosa tiene un lugar definido (N. de la T.).

los conflictos y de las reivindicaciones de las clases dominadas (Oliveira, 1999). Pienso que es también en este camino interpretativo que se encajan los argumentos de José de Souza Martins, cuando indica la existencia de dos mundos crecientemente irreductibles, donde las personas se encuentran “separadas por estamentos”: la modernidad brasileña estaría produciendo “una especie de *sociedad de tipo feudal*” (Martins, 1997: 36)¹⁴.

Las afirmaciones contenidas en este ensayo no ignoran que los grupos, las categorías y las clases sociales se mueven en la acepción de movilizarse y luchar por la conquista de sus derechos. Éstas simplemente enfatizan que, en el escenario actual de São Paulo, están en curso *masivos procesos de vulnerabilidad* socioeconómica y civil.

Bibliografía

- Alcaldía del Municipio de São Paulo (1996), *Diário Oficial do Município de São Paulo*, Nº 1. São Paulo: Secretaria de Bem Estar Social.
- Caldeira, Teresa (1997). “Enclaves fortificados: A nova segregação urbana”. *Novos Estudos CEBRAP*, 47.
- Caldeira, Teresa (2000). *Cidade de muros: Crime, segregação e cidadania em São Paulo*. São Paulo: Editora 34/Editora da Universidade de São Paulo.
- Carvalho Franco, M. (1969). *Os homens livres na ordem escravocrata*. São Paulo: Instituto de Estudos Brasileiros.
- Carvalho, José Murilo de (s/f). “Interesse contra a cidadania”. En *Brasileiro cidadão*. São Paulo: Cultura.
- Castel, Robert (1995). *Les métamorphoses de la question sociale. Une chronique du salariat*. París: Fayard.
- CUT (2000). *Mapa do trabalho no Município de São Paulo*. São Paulo.
- DaMatta, Roberto (1987). *A casa & a rua*. Río de Janeiro: Editora Guanabara.
- DaMatta, Roberto (1990). *Carnavais, malandros e heróis. Para uma sociologia do dilema brasileiro*. Río de Janeiro: Editora Guanabara, 5ª ed.
- DaMatta, Roberto (1998). “A casa, a rua e o trabalho”. En *O que faz o Brasil, Brasil?*, Roberto DaMatta. Río de Janeiro: Rocco, 19ª ed.

14 Las itálicas son mías.

- Dias, Erasmo (1976). "São Paulo". *Última Hora*, mayo 22.
- DIEESE-Seade (2003). *Pesquisa Emprego-Desemprego (PED)*. São Paulo.
- Friedman, John (1992). *Empowerment, the politics of alternative development*. Cambridge MA & Oxford UK: Blackwell.
- Gurza Lavalle, Adrián (2001). "Espaço e vida pública: Reflexões teóricas e sobre o pensamento brasileiro". Disertación doctoral, Departamento de Ciencia Política, FFLCH-USP.
- Kowarick, Lúcio (1994). *Trabalho e vadiagem: As origens do trabalho livre no Brasil*. São Paulo: Paz e Terra, 2ª ed.
- Kowarick, Lúcio (2000a). *Escritos urbanos*. São Paulo: Editora 34.
- Kowarick, Lúcio (coord.) (2000b). *Viver em risco: Moradia, desemprego e violência urbana na RMSP*. São Paulo (mimeo).
- Martins, J. (1997). *Exclusão social e a nova desigualdade*. São Paulo: Paulus.
- Martins, J. (s/f). *O problema da migração no limiar do Terceiro Milênio* (mimeo).
- Mello e Souza, Laura (1983). *Os desclassificados do ouro: A pobreza mineira do século XVIII*. Rio de Janeiro: Graal.
- Nascimento, Elimar (1994). "Hipóteses sobre a nova exclusão social: Dos excluídos necessários aos excluídos desnecessários". *Caderno CRH*, 21.
- O'Donnell, Guilherme (1988). "Situações, microcenos da privatização do público em São Paulo". *Novos Estudos CEBRAP*, 22.
- Oliveira, Francisco de (1999). "Privatização do público, destituição da fala e anulação da política pública: Totalitarismo neoliberal". En *Os sentidos de democracia, políticas do dissenso e hegemonia global*, Francisco de Oliveira y Maria Paoli. Petrópolis: Vozes.
- Oliveira, Luciano (1997). "Os excluídos 'existem'? Notas sobre a elaboração de um novo conceito". *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, 33, Año 12.
- Oliveira Jr., Emanuel (2003). "Políticas públicas e estratégias de controle de ação letal das instituições policiais em São Paulo". Disertación de Masterado, FFLCH-USP.
- Peralva, Argelina (2000). *Violência e democracia, o paradoxo brasileiro*. São Paulo: Paz e Terra.
- Sader, Eder (1988). *Quando novos personagens entram em cena. Experiências e lutas dos trabalhadores da Grande São Paulo 1970-1980*. São Paulo: Paz e Terra.

- Sales, Teresa (1994). "Raízes da desigualdade social na cultura política brasileira". *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, 25, año 8.
- Santos, Boaventura de Souza (1999). "Reinventar a democracia: Entre o pré-contratualismo e o pós-contratualismo". En *Os sentidos de democracia, políticas do dissenso e hegemonia global*, Francisco Oliveira y Maria Paoli. Petrópolis: Vozes.
- Santos, Wanderley Guilherme dos (1994). "Fronteiras do Estado mínimo, indicações sobre o híbrido institucional brasileiro". En *Razões da desordem*, Wanderley Guilherme dos Santos. Rio de Janeiro: Rocco.
- Schwarz, Lilia (2001). "Dando nome as diferenças". En *Racismo & racistas*, Eni de Mesquita Samara (org.). São Paulo: Humanitas FFLCH/USP.
- Schwarz, Roberto (2000). *Um mestre na periferia do capitalismo: Machado de Assis*. São Paulo: Livraria Duas Cidades.
- Taschner, Suzana (1996). "Degradação ambiental nas favelas de São Paulo". *Espaço & Debates*, 39, año XVI.
- Taschner, Suzana (1997). "Favelas e cortiços no Brasil: 20 anos de pesquisa e políticas". *Cadernos de Pesquisa da LAP*, 18, FAU-USP.
- Telles, Vera (1992). "A cidadania inexistente: Incivilidade e pobreza, um estudo sobre o trabalho e a família na Grande São Paulo". Disertación doctoral presentada al Departamento de Sociología, FFLCH-USP (mimeo).
- Telles, Vera (1994). "Cultura de dádiva, avesso da cidadania". *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, 25, año 9.
- Telles, Vera (1996). "Questão social afinal do que se trata?". *São Paulo em Perspectiva*, 10(4).
- Telles, Vera (2000). "A modernização vista de baixo: Precarização e violência na cidade de São Paulo". Ponencia presentada en el coloquio *Mondialisation conomique et Gouvernements des Sociétés: L'Amérique Latine, un Laboratoire*, París, Francia.
- Topalov, Christien (1994). *Naissance du Chômeur 1882-1910*. París: Ablin Michal.
- Valladares, Lícia (1994). "Cem anos pensando a pobreza (urbana) no Brasil". En *A construção do espaço pública no Brasil*, Renato Boschi (org.): 81-109. Rio de Janeiro: Rio Fundo.